

LA «INVENCIBLE» INGLESA DE 1589

Agustín Ramón RODRÍGUEZ GONZÁLEZ
del Círculo Naval Español



PENAS alejado el peligro de las costas inglesas tras el fracaso de la Armada de Medina-Sidonia en 1588, se empezó a planear una adecuada explotación del éxito, ahora que los mejores buques españoles se hallaban en puertos cantábricos en reparación y las costas ibéricas estaban casi indefensas. El potencial del reino de Inglaterra no era lo suficiente como para una contraofensiva, pero se contaba con que don Antonio de Crato, el pretendiente a la corona portuguesa recientemente añadida a las que ceñía Felipe II, podía ser una baza de gran valor, al sembrar la desunión entre los súbditos del «rey prudente».

Sobre tales perspectivas se elaboró un ambicioso plan para una flota que debería atacar la Península en la primavera de 1589. Su misión era tan compleja como prometedora: atacar en primer lugar los puertos cantábricos, especialmente Santander, y destruir en ellos los galeones en reparación de la «Invencible», desembarcar en Lisboa con don Antonio, provocar una sublevación de los portugueses en su favor, tomar dicha capital e importante base naval y comercial, y asegurarse de que el nuevo reino independiente de Portugal sería un firme aliado y socio comercial; por último, la flota debería asegurarse la posesión de, al menos, una de las islas Azores, que serviría de base para colapsar el tráfico español con las Indias.

Tal vez eran unas expectativas desmesuradas, pero en el grado de indefensión y de bajada moral en que se encontraba la Monarquía de Felipe II todo parecía posible. En el peor de los casos, se confiaba en reducir drásticamente sus fuerzas navales, crear un serio problema insurreccional en Portugal y tal vez conseguir la añorada base en Azores, y por último, pero no menos importante, conseguir algún buen botín.

Una defectuosa organización

Realmente, toda la operación se organizó básicamente como una operación comercial, financiándola a partes la propia Isabel Tudor, los principales jefes de la flota y los comerciantes y navieros, esperando cada uno no ya recuperar su inversión, sino obtener grandes beneficios. Tal práctica, aunque común en la Inglaterra de entonces y afortunada en empresas menos ambiciosas y más

puramente corsarias, resultó contradictoria con los grandes objetivos estratégicos que se perseguían, y fue, tal vez, causa de su frustración.

El mando de la escuadra correspondió a sir Francis Drake, que, si bien había recibido acerbas críticas de muchos de sus compañeros por su conducta durante la campaña de la «Invencible», también era el único que había conseguido apresar durante ella un buque español, el *Nuestra Señora del Rosario*. Es cierto que tal presa no fue una gran hazaña, pues el *Rosario*, al chocar accidentalmente con otro barco español, había perdido el bauprés y luego el trinquete, que arrastró en su caída a la verga del palo mayor, quedando el buque desmantelado y sin gobierno, retrasado respecto al grueso y aislado en la noche en medio de mala mar, hasta que, atacado por la veintena de los buques de la división de Drake, su comandante, juzgándose perdido, se rindió tras una resistencia simbólica.

Por pequeño que fuera el triunfo, era la única presa que se había conseguido, y a ello podía Drake añadir un historial que no admitía comparación con el de otros marineros ingleses de la época. Pero lo cierto es que el gran navegante y afortunado corsario no era el hombre indicado para mandar una gran expedición naval, como los hechos se encargarían de demostrar. Como jefe de la fuerza de desembarco se escogió a sir John Norris o Norreys, cuyo criterio no tardó en chocar con el del marino, poniendo de nuevo de relieve los inconvenientes de un mando dual, especialmente si ambos jefes tienen criterios muy distintos.

Los datos sobre la fuerza reunida son poco claros y contradictorios, fruto del deseo del gobierno inglés de entonces de encubrir en lo posible el desastre y del de la historiografía británica posterior en no empañar el tan dorado como discutible cuadro que ha pintado de la Marina isabelina. Al menos, en los hombres parece haber concordancia: eran 23.375 los embarcados, de los que unos 5.000 eran marineros, siendo el resto la tropa de desembarco, entre los que se contaban no menos de 1.100 caballeros ingleses y unos 950 voluntarios holandeses. En cuanto a los buques, las cifras son mucho menos seguras, oscilando entre un total de más de 150 y unos 200. Lo más seguro es que se destinaron a la empresa sólo seis galeones reales y dos pinazas también del Estado, completándose el resto con buques particulares armados y con unas sesenta urcas de transporte, al parecer de procedencia holandesa. Los galeones reales eran el *Revenge*, insignia de Drake; *Aid*, con el segundo jefe de la escuadra William Fennner; *Nonpareil*, en el que iba Norris; *Dreadnought*, *Foresight* y *Swiftsure*, con el favorito de la reina, Robert Devereux, conde de Essex, que se unió más tarde en contra de la prohibición real. Cada uno de los cinco primeros era capitana de una de las cinco escuadras en que se dividió la flota, compuesta, además de las sesenta urcas citadas, por otros tantos corsarios bien armados, siendo el resto pinazas, es decir, como nuestros pataches, pequeñas embarcaciones ligeras armadas únicamente con piezas ligeras en número inferior a la decena, poco aptas para el combate, muy útiles para exploración y mensajes.

El total, más de 23.000 hombres y 150 buques al menos, que se corresponden aproximadamente con el de la «Invencible» española del año precedente, con unos 29.000 hombres y 131 buques, aunque resulta evidente que el tonelaje medio de los españoles fue superior. Lo que llama la atención es que la Marina británica sólo contribuyera con ocho embarcaciones a tan gran operación, cuando el año anterior había dispuesto de no menos de 34 entre grandes y pequeñas. Es cierto que en 1589 se destacaron pequeñas divisiones para vigilar el canal de la Mancha o Azores, pero incluso sumando aquellos buques más de la mitad de los barcos reales quedaron en aguas inglesas. La explicación a tan sorprendente hecho creemos que resulta obvia: por un lado, el desgaste de la campaña (tanto por los combates como por la espantosa epidemia posterior que diezmó las dotaciones inglesas) era evidente, a la prudente Isabel no le parecía oportuno dejar indefensas sus propias costas, por más que otro ataque español pareciera imposible en aquellas circunstancias y, por último, resultaba mucho más barato movilizar a sus propias expensas barcos particulares ansiosos de lucro que pagar los buques y dotaciones del Estado.

Lo cierto es que la organización dejó mucho que desear: las tropas de desembarco incluían pocos veteranos y demasiados indisciplinados novatos sedientos de botín; no se llevaron piezas de sitio, indispensables para una campaña terrestre, así como caballos y animales de tiro, salvo en muy escaso número. Por último, y eso fue lo peor, la avaricia de los organizadores hizo que escasearan desde un primer momento las provisiones y hasta el agua, confiando en arrebatarlo todo al enemigo.

La Coruña

La flota zarpó de Plymouth el 13 de abril, y ya en plena travesía hacia las costas españolas se mostró su deficiente organización y disciplina, al desertar de ella una veintena de embarcaciones de las más pequeñas, con un total de casi dos mil hombres. A ello sumó Drake su propia desobediencia al negarse a atacar los puertos donde reparaban los buques de la «Invencible», pretextando vientos contrarios y el temor a verse «embolsado» por ellos en el golfo de Vizcaya. Tal vez temiera una dura defensa y pocos beneficios económicos, aparte de complicar una campaña excesivamente ambiciosa, por lo que decidió dirigirse contra La Coruña, llegando ante ella el 4 de mayo. Las razones para este cambio de objetivo son varias: de aquel puerto había partido el año antes Medina-Sidonia, tras los vientos contrarios y tempestad sufridos desde su salida de Lisboa, y el puerto gallego era por entonces una base de aprovisionamiento para futuras acciones contra Inglaterra. Pero había más: se rumoreaba que en la ciudad se custodiaba un tesoro de millones de ducados, y que allí estaba, entre otros, un gran galeón portugués de las Indias orientales con una fabulosa mercancía.



Norris, jefe de las fuerzas de desembarco.

Las provisiones acumuladas eran ciertas (y bien necesarias, por lo que sabemos, para los ingleses), pero las riquezas eran ficticias. En cualquier caso las defensas eran mediocres: movilizando a los pocos soldados existentes, la milicia local y los hidalgos, su gobernador, el marqués de Cerralbo, sólo podía contar con unos 1.500 defensores, bien que pronto toda la población civil ayudó en la defensa. En cuanto a buques, se reducían a tres naos armadas: la *San Bernardo*, en carena y desartillada, y las *San Bartolomé* y *San Juan*, tampoco en óptimas condiciones, y dos galeras, la *Princesa* y la *Diana*, al mando de los capitanes Pantoja y Palomino.

Poco se podía hacer con tan pequeña fuerza, pero el *San Juan* y las galeras se acoderaron junto al

fuerte de San Antonio y cañonearon a la escuadra inglesa según se introducía en la bahía. Al día siguiente, los ingleses desembarcaron varias piezas con las que batieron al buque de enfilada. Al no poder contestar adecuadamente, los españoles decidieron quemar o echar a pique los tres buques, salvándose las galeras, que retrocedieron hacia Betanzos tras dejar en la plaza su guarnición.

No podemos hacer aquí un relato detallado del ataque inglés a La Coruña, sólo recordar que los asaltos a la ciudad alta (tras la toma y saqueo de la baja y del arrabal de la Pescadería), carentes del apoyo de un adecuado tren de artillería de sitio, fueron sangrientamente rechazados, pese al empleo de minas, por una heroica población, incluidos mujeres y niños, destacando entre ellas doña Mayor Fernández de la Cámara y Pita, que la tradición recuerda como «María Pita». El 18 de mayo reembarcaban las tropas y el día siguiente los buques ingleses abandonaban la bahía, dejando tras de sí unos 1.300 muertos, y habiendo perdido dos o tres buques y al menos cuatro barcasas de desembarco por el fuego de los buques y baterías de la defensa, que, por su parte, y aparte de los tres buques zaborrados, lamentó cerca de mil muertos, incluyendo varias de las mujeres que tan heroicamente contribuyeron a la lucha.

Drake había perdido demasiado tiempo y fuerzas en un objetivo secundario, del que tuvo que retirarse ante la llegada de refuerzos por tierra y ante la seguridad de perder el factor sorpresa en su aventura portuguesa, meta princi-

pal de su expedición. Lo peor es que entre sus hombres empezó a desarrollarse una epidemia y a cundir el desánimo ante el duro rechazo y la escasez no resuelta de víveres. Tampoco contribuyeron a la imprescindible disciplina y a su salud el saqueo de la zona baja de la ciudad y las monumentales borracheras que le siguieron. Poco después, otros diez buques con unos mil hombres desertaron a su vez y volvieron a Inglaterra.

Lisboa

Como hemos dicho, la misión portuguesa quedaba así comprometida, por más que Felipe II ya estuviera al tanto de las intenciones inglesas por los informes de sus servicios de inteligencia, que le habían permitido arrestar o hasta ejecutar en tres casos a los portugueses más comprometidos en la conspiración para sentar en el trono luso a don Antonio.

La flota inglesa fondeó ante Peniche el 26 de mayo, iniciándose el desembarco en la playa de la Consolación, con tan mala fortuna por el estado de la mar que se hundieron más de 14 barcazas, pereciendo ahogados unos ochenta hombres. Unos centenares de soldados portugueses y castellanos intentaron molestar el desembarco, pero ante su abrumadora inferioridad, se retiraron en orden tras una corta escaramuza. Al poco, el gobernador del castillo de Peniche, en tratos con el de Crato, se rindió sin resistencia, proporcionando así una segura cabeza de puente a los invasores.

Los planes de Norris y Drake diferían por completo; así que, tras un difícil acuerdo, decidieron dividir sus fuerzas y atacar Lisboa desde dos lugares distintos: Norris, con su ejército se encaminó hacia la capital, a unos 75 kilómetros, mientras que Drake se dirigió a Cascaes con su flota, donde el castillo le fue entregado por un partidario de don Antonio, para desde allí forzar la entrada en el puerto y cerrar así la tenaza.

La marcha del ejército inglés fue pronto una pesadilla: apenas había 44 caballos y éstos eran insuficientes para transportar los bagajes y la artillería, con lo que los soldados, mal comidos, tuvieron que llevar cargas excesivas. Mucho se hubieran evitado de contar con el apoyo de la población local, asegurado por don Antonio, pero lo cierto es que los portugueses hicieron el vacío ante los invasores y apenas unos pocos cientos se les unieron sin armas, caballerías ni pertrechos. Tras una lenta y agotadora marcha, continuamente hostilizada por las tropas españolas y portuguesas, los agotados invasores llegaron frente a Lisboa el 4 de junio, para allí encontrarse con que los portugueses no se sublevaban y que la guarnición de la ciudad les plantaba cara con decisión. Tras algunas inútiles escaramuzas, el 9 de junio Norris ordenaba la retirada hacia Cascaes, abandonando bagajes, artillería y hasta papeles secretos de don Antonio en medio de una completa desmoralización, tras haber perdido centenares de hombres y al menos tres banderas en combates

parciales con los defensores, y hallarse el resto destrozado por la fatiga, el hambre y la epidemia.

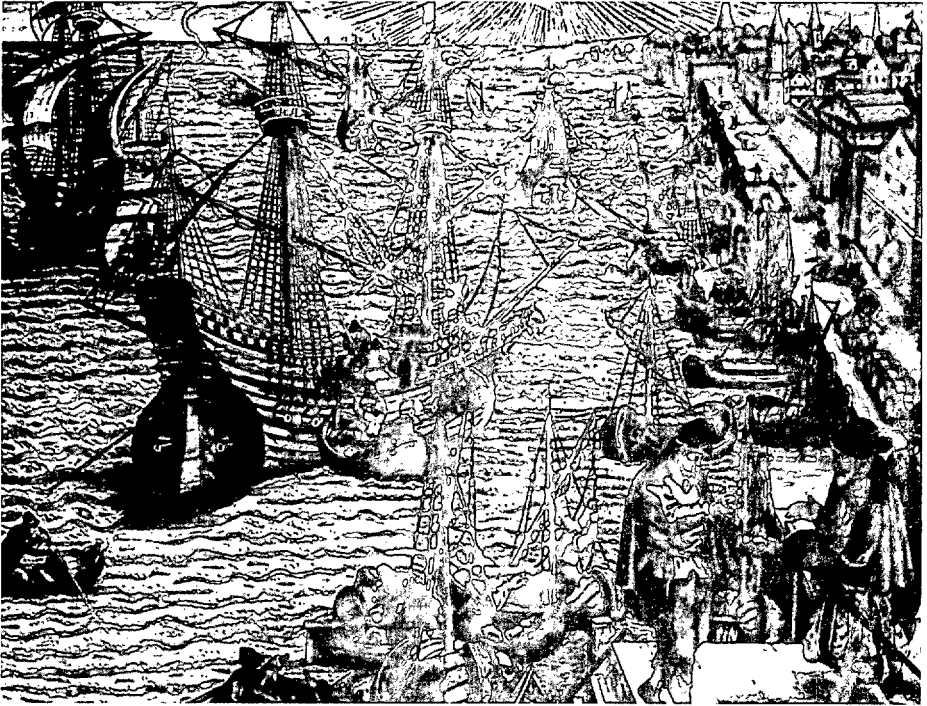
El desastre podría haber sido total si el jefe español, el conde de Fuentes, hubiera lanzado un ataque general, pero había temor por la actitud de la población civil y las tropas portuguesas, aparte de que la guarnición era numéricamente inferior a los atacantes. Por ello, y siguiendo las instrucciones de Felipe II, se decidió tender «un puente de plata» al destrozado enemigo en retirada.

A todo esto, Drake, con su flota en Cascaes, no había hecho nada digno de reseñarse, lo que le valió la acusación de indeciso y hasta de cobarde por Norris, don Antonio y muchos de sus subordinados. Pero Drake argumentaba que las baterías de costa que defendían la entrada al puerto eran fuertes, y que dentro había 18 galeras de don Alonso de Bazán (hermano del fallecido y gran don Álvaro) y unos cuarenta mercantes, más o menos artillados, al mando de Matías de Albuquerque, así como que, con el desembarco, la epidemia y las bajas de toda clase, sus dotaciones eran demasiado débiles para acometer empresa tan ardua. No consideró que los siete u ocho mil defensores (más de la mitad portugueses de lealtad dudosa) bastante tenían que hacer en demasiados frentes, y que, por ejemplo, los mercantes armados apenas tenían dotación de infantería y de artilleros como para suponer un enemigo para su escuadra, que las galeras eran inferiores en combate frontal a sus galeones y que las baterías podían ser rápidamente superadas o embestidas simultáneamente desde tierra y mar. El hecho es que se limitó a apresar una docena de desprevenidos costeros que intentaban arribar al puerto lisboeta y a unas sesenta urcas alemanas de la Hansa, que luego tuvo que devolver por ser neutrales, excepto dos o tres que llevaban mercancías españolas.

Así, Drake no sólo no ayudó al ataque terrestre con otro naval que hubiera podido ser decisivo, sino que ni siquiera evitó que las galeras de don Alonso de Bazán castigaran con su fuego al flanco del ejército inglés. Peor aún, fue incapaz de evitar que otras nueve, llegadas de España al mando de don Martín de Padilla, introdujeran refuerzos en la plaza, elevando con tan oportuno y audaz socorro tanto su capacidad defensiva como su moral.

La campaña podía darse por perdida y, tras reembarcar las tropas, la flota zarpó el 19 de junio, en medio de un desastre sin paliativos. Pero aún debía de ser peor: las galeras de Padilla atacaron a los buques dispersos, hundiendo entre Setúbal y Lisboa no menos de cuatro con un total de 700 hombres; en uno de ellos murió su comandante, Caverlys, y la mayoría de sus hombres, y en otro, su capitán, Minshaw, prefirió perecer abrasado con su dotación antes que entregarse. Padilla, por su parte, sólo perdió dos muertos y diez heridos. Aprovechando la desmoralización, el agotamiento y la dispersión de los buques ingleses, se unió a la cacería don Alonso de Bazán con sus galeras, apresando o hundiendo otros tres buques ingleses.

Aún se hizo un intento sobre las Azores, pronto rechazado, y se saqueó un abandonado Vigo (entonces era una población de unos seiscientos habitantes),



Vista del puerto de Lisboa en el siglo XVI.

buscando las tan necesarias provisiones, pero en un lugar y otro las defensas se cobraron nuevas víctimas de los invasores y la retirada se hizo ya ineludible. En la desorganizada flota la epidemia se cobraba diariamente centenares de víctimas y pronto se dispersó por completo, intentando cada buque llegar a un puerto inglés lo antes posible. Las galeras habían quedado en Lisboa, pero una escuadrilla de zabras (pataches algo más grandes), al mando de don Diego de Aramburu, acosó a los que se retiraban hasta sus propias aguas, apresando a dos de ellos que condujo a Santander.

Conclusión

La vuelta de la expedición mostró las dimensiones del desastre: según fuentes inglesas habían muerto entre diez y doce mil hombres, y se habían perdido al menos una veintena de embarcaciones (aparte de otras tantas barcas), de las que la mitad lo fueron a manos del enemigo. La epidemia se extendió a los puertos de llegada y, para colmo de males, entre los desembarcados estallaron motines al recibir una paga mínima, sedición que se atajó

duramente ahorcando a siete de los rebeldes. Una comisión oficial investigó los hechos y, aunque se quiso ocultar la magnitud del desastre para evitar males mayores, lo cierto es que a Drake se le dio el cargo de «supervisor de las defensas de Plymouth», con lo que estuvo en un oscuro retiro hasta la que sería su última y desgraciada expedición de 1595. Cabe imaginar el estado de los que volvieron cuando en el insignia de una de las divisiones, el potente galeón real *Dreadnought*, de los 350 tripulantes con que partió, murieron durante la campaña 150, y al llegar a puerto sólo podían atender el aparejo 18 hombres.

Con razón estimaron los españoles de la época que el fracaso de la expedición inglesa de 1589 compensaba el anterior de la española de 1588. Posteriormente algunos historiadores han estimado un tanto exagerada esa pretensión; pero si repasamos las cifras veremos que las pérdidas inglesas son muy semejantes a las españolas del año anterior: unos 9.000 hombres y 35 buques. Y desde luego la monarquía mundial de Felipe II se podía permitir muchas más pérdidas que la pequeña Inglaterra de fines del siglo XVI.

Es cierto que los ingleses consiguieron desembarcar en la Península, lo que no hicieron los españoles en 1588, pero la «Invencible» debió de luchar contra unas fuerzas navales enemigas intactas, mientras que la expedición inglesa de 1589 no tuvo más enemigo naval que un puñado de galeras o de zabras, muy inferiores en número y poder artillero a sus enemigos, pese a lo cual no sólo les produjeron graves daños, sino que incluso los acosaron hasta sus puertos.

Aparte del ya citado *Rosario*, los ingleses sólo lograron en 1588 hundir con su artillería a la nao de Vizcaya *María Juan* y averiar tan seriamente a dos galeones portugueses que éstos tuvieron que encallar en las costas holandesas, ello aparte de que la galeaza *San Lorenzo*, con el timón inútil por un accidente y acosada por una veintena de enemigos, tuvo que embarrancar bajo las baterías del castillo de Calais. Así, el total de las pérdidas de la «Invencible» directamente causadas por la flota inglesa se redujo a tres buques, o a cinco, si se cuentan los casos del *Rosario* y de la *San Lorenzo*, más debidos a accidentes fortuitos que a la acción del enemigo. Por contra, en 1589, y pese a la debilidad de las fuerzas navales españolas, éstas fueron capaces de hundir o apresar al menos nueve buques, si bien ciertamente de menor potencia y tamaño que los tres perdidos en Gravelinas.

En suma: las dos grandes expediciones presentaron grandes paralelismos en su composición, en sus fallos logísticos y de planeamiento (que en ambos casos fueron decisivos) y en su desastroso final, y si los ingleses pudieron presumir al menos de haber hollado los territorios de Felipe II, lo que no lograron los españoles, éstos pudieron vanagloriarse de que obtuvieron su triunfo con muchos menos medios de los que tuvieron sus enemigos el año anterior.